daban ya oscurecidas debajo de los adornos de metal. Tintas oscuras reemplazaron los chillones colores de los carruajes, y la corona de de los príncipes de Castel-Vivant iba muy pronto á ostentarse en las portezuelas.

XLII

Por fin llegó el dia esperado con tanta impaciencia.

El tribunal de primera instancia, conformándose con el parecer fiscal, habia fallado diciendo: *Há lugar á la adopcion.*

El tribunal superior se enteró del fallo del inferior, y confirmó el fallo en audiencia pública con estas palabras: *Se confirma el fallo, y por lo tanto há lugar á la adopcion.*

Se fijaron los edictos que creyó conveniente el tribunal, y se inscribió en los registros del estado civil del distrito en que estaba domiciliado el adoptante.

Godefroy poseía ya una renta vitalicia de cien mil libras.

Héctor Begourde era de allí en adelante el príncipe Héctor de Castel-Vivant.

Debemos decir que esta adopcion no pasó desapercibida en la artística sociedad que el jóven frecuentaba en otro tiempo.

Los antiguos camaradas del café Frontin, del de Suecia, del de Madrid; las semi-tabernas del barrio latino; las cervecerias del boulevard de Batignolles, lanzaron á Begourde tantos epígramas como grande era la envidia que les inspiraba.

Le llamaron *el príncipe Totor*, y la frase tuvo éxito.

El noble de nuevo cuño llegó muy pronto á ser un tipo conocido en el boulevard y en el Bois.

Cuando le veian pasar en su victoria ó en faeton, manejando dos magníficos Orloff de cinco mil luses, nadie decia: *ése es el príncipe de Castel-Vivant*, sino *ése es el príncipe Totor.*

El príncipe Totor marchaba rápidamente á la celebridad.

Le habian concedido los honores de la caricatura aquellos mismos periódicos que él habia ilustrado en otro tiempo con sus dibujos á veinte francos.

Cuando aparecia en un palco cualquiera de un teatro popular, acompañado de alguna mujer galante, no dejaban de aplaudir algunos en las butacas y en las galerias de una manera es-

trepitosa, lo mismo que solian hacerlo en tiempo de Mangin.

—¡Ese es el príncipe Totor! ¡Ohe!

Pero Begourde era un buen príncipe que, aunque encontra la broma un poco extemporánea, se inclinaba hácia adelante, y con la sonrisa en los labios saludaba con la cabeza y con la mano al público que le aclamaba, aunque con un poco de sorna.

Lazarine no se habia enterado de nada de esto, porque la adopcion se habia realizado precisamente cuando estaba próxima á su alumbramiento y vivia en la soledad mas completa.

Julio Leroux estaba muy al corriente de lo que habia pasado, y su amistad con Godefroy era mucho mas íntima desde que éste era rico; hubiera, pues, podido enterar fácilmente á su hija de todo cuanto pasaba, pero no queria pronunciar el nombre de Begourde delante de la marquesa, fundado en los motivos que ya conocen nuestros lectores.

Un dia pasaba Héctor á caballo por la Avenida de las Acacias, en el Bosque de Boulogne.

Todo el mundo sabe que éste es el sitio en que pasean las señoras de buen tono, que dejan sin ningun sentimiento la orilla izquierda del lago para los coches de las mujeres galantes.

El príncipe se encontró con Lazarine, á quien

no habia vuelto á ver desde la aventura del castillo de la Tour du Roy.

La marquesa iba completamente vestida de negro, porque aún no se habia cumplido el luto, y estaba sola medio recostada de una manera graciosa é indolente en el fondo de su elegante carruaje.

Su hermoso rostro presentaba una expresion séria y casi sombría.

Una ligera arruga se dibujaba en su blanca frente, terminando en el entrecejo, y parecia indicar el esfuerzo de un pensamiento triste ó de una preocupacion desagradable.

Sus magníficos ojos de profunda pupila miraban hácia adelante de una manera distraida y vaga, sin ver nada.

Al reconocer Héctor á Lazarine, sintió una viva conmocion.

Sabia que ésta estaba viuda, y la encontró mas hermosa y seductora que nunca.

Se agolparon en tropel á su memoria los recuerdos de aquellas entrevistas que habian tenido en la galeria del hotel de Julio Leroux y en el sombrío pabellon del parque de la Tour du Roy.

Se evaporó como el humo la cólera que sentia contra Lazarine por haber faltado á la última cita.

Se confesó en su interior que la marquesa habia tenido razon en no ir.

Por ínfimo que fuera el nacimento de este jóven, habia bastado un nombre y un título adquirido por dinero para desarrollar en él el orgullo de casta, llevándolo hasta la exageracion.

—Si es verdad—decia para sí,—ha hecho muy bien en no comprometerse con el insignificante personaje que yo era. Ya me habia atestiguado bastante atencion. Un artista desconocido no debia alzar la vista con insolencia hasta una Tour du Roy: las marquesas que llevan en su escudo diez y seis cuarteles, no pueden escuchar sin faltar á las conveniencias sociales á un Begourde; su corazon la impulsaba hácia mí á pesar suyo, y por esto la perdono una debilidad de que yo era la causa, pero apruebo y admiro el valor heróico con que supo resistir la fascinacion de un momento. ¡Ha luchado y ha vencido! ¡No me hizo caso, y esto era lo que yo merecia!.... Estoy contento; Lazarine es un ángel.

Habia puesto su caballo al mismo paso que llevaba el carruaje, devorando con la vista á la marquesa, que seguia distraida y absorta.

Despues de algunos minutos de estática contemplacion, prosiguió en su monólogo:

—¡Como cambian los tiempos!—decia para sí,—ya no existe el abismo que me separaba

de esa hermosa mujer, y el príncipe de Castel-Vivant es por lo menos igual á la marquesa de la Tour du Roy! Por otra parte, Julio Leroux no tiene ya ningun derecho sobre su hija, y no puede ser un inconveniente para nosotros; Lazarine es viuda y libre, no depende de nadie mas que de ella.... casi casi me amaba cuando yo era.... no era nada; ¿por qué no me ha de amar por completo ahora que represento algo en la sociedad?

Estos razonamientos y muchos mas se repitió Héctor bastantes veces, sin perder de vista á Lazarine durante las diez vueltas que dió el coche por todo lo largo de la Avenida de las Acacias.

Cuando el carruaje se separó de la fila para dirigirse rápidamente á Paris, el príncipe siguió todavia á alguna distancia, teniendo buen cuidado de no llamar sobre sí la atencion de la marquesa.

No queria ser reconocido en este momento, y deseaba sorprender á la hija mayor de Julio Leroux, apareciendo de una manera inesperada con su nueva posicion y con su nuevo nombre.

Héctor sabia perfectamente que su padre adoptivo era el amigo íntimo del ex-banquero y el confidente de Lazarine, y juzgaba por lo tanto la cosa mas fácil el que éste le presenta-

se; pero Begourde no queria esto que parecia tan sencillo, y pensaba encontrar una ocasion inesperada para presentarse de una manera imprevista.

Para llegar á este resultado se hizo informar cuales eran las casas que con mas frecuencia visitaba la marquesa; y Godefroy, que conocia á todo el mundo, le presentó en ellas ó le hizo presentar por sus amigos.

Lazarine se llenó de asombro cuando un dia en el salon principal de la princesa Alvinzi; despues de oír anunciar al príncipe de Castel-Vivant, vió entrar un jóven en lugar de un anciano, y reconoció en él á su antiguo adorador Héctor Begourde.

Al principio creyó que era una ilusion ó un error, ó cuando mas un parecido vago y casual.

Pero no pudo caberle ninguna duda al escuchar que el recien llegado decia á la dueña de la casa:

—Princesa, ¿quereis tener la bondad de presentarme á la marquesa de la Tour du Roy, que con seguridad no me recuerda, aunque ya tengo el honor de no ser un desconocido para ella?

—Con mucho gusto—contestó la gran señora italiana, llevando á Héctor hasta el sitio de de Lazarine, y diciendo:

—Querida marquesa, el príncipe de Castel-Vivant.

Lazarine, sobrecogida de asombro, apenas tuvo fuerzas para responder, inclinando la cabeza al profundo saludo del jóven, y tapándose con el abanico el vivo carmin que por un momento apareció en sus mejillas.

Seguramente que Héctor no podia haber buscado un golpe teatral de mas efecto.

La impresion que produjo excedió á sus esperanzas.

Se sentó al lado de la marquesa.

—¿Me perdonais, señora—dijo con voz tan baja que se perdia en el murmullo de la conversacion general, porque el salon estaba lleno de gente,—me perdonais el que me haya hecho presentar sin haber solicitado préviamente este favor? Conozco que soy culpable: ¿no me será permitido esperar un poco de indulgencia?

Lazarine, en quien ya habia desaparecido la turbacion, miraba llena de asombro al cumplido caballero que le hablaba de esta manera. Encontraba su aire y sus modales tan incomprensibles é inverosímiles como el nombre con que le habian anunciado y aun presentado.

El improvisado príncipe, no tenia del Begourde que ella habia conocido mas que la voz y las facciones, y esto profundamente modifi-

cado por la diferencia de inflexion en la voz: la metamórfosis del conjunto era completa.

—¿Es decir—murmuró la jóven cerrando su abanico, del cual no tenia necesidad, porque ya habia desaparecido el carmin que coloreaba sus mejillas—que sois el mismo Héctor en persona?

—¿No me habeis reconocido?

—Confieso que no; al menos dudaba mucho, porque la verdad es que me esperaba.....

Lazarine se detuvo.

—¿Encontrarme en un salon en que en otro tiempo habria estado fuera de cuadro?—añadió el príncipe,—he acertado; ¿no es verdad?

—Sí, casi, casi; ¡que variacion!

—¿Es en mi favor?—preguntó riendo el artista.

—No digo eso,

—¿Pero lo pensais?

—Ya sabeis que no..—contestó la marquesa dejándose llevar de un impulso involuntario.

Un momento de silencio se siguió á estas palabras.

Al cabo de un minuto dijo Héctor:

—Nunca podreis imaginar, señora, la impaciencia febril con que esperaba esta entrevista, que no tiene nada de casual. Si me he hecho presentar á la princesa, es porque ésta tiene el honor de recibiros; y viniendo á esta casa con

frecuencia, tenia la seguridad de encontraros alguna vez, como ahora por ejemplo, cuando ví vuestro coche en la puerta; ¡ah! ¡como me latia el corazon en el momento de entrar aquí sabiendo que iba á veros! Temblaba de emocion cuando el ugier de la princesa, habriendo la puerta, pronunciaba mi nombre.

—¿Vuestro nombre?—repitió Lazarine,—¿vuestro verdadero nombre?

—Sin duda alguna.

—¿Sois príncipe de Castel-Vivant?

—Tanto como se puede ser.

—Pero el príncipe Godefroy, á quien conozco mucho, no tenia hijos ni los ha tenido nunca. Acaso existiria otra rama de la misma familia.

—Ninguna, señora; el príncipe Godefroy es el único de su raza.

—¿Y vos sois su hijo?

—Legalmente sí, marquesa, y tambien por el cariño filial.

—No comprendo; todo eso me parece un enigma indescifrable.

—Voy á tener el honor de daros la clave.